

# Filantetría

## Tradición popular en una estética que se depura

# EL VELORIO DE LOS MANGOS

■ FERNANDO LÓPEZ MATEOS

**E**n el marco de la Muestra Estatal de Teatro de 1993 se presentó la más reciente obra montada por el Taller Universitario de Teatro de la UABC en Mexicali.

Intitulada *El velorio de los mangos*, escrita y dirigida por Angel Norzagaray, misma que participará dentro de la Muestra Regional de Teatro del Noroeste "Oscar Liera". Basada en historias un poquito de aquí y un poquito de allá, el autor retoma la tradición oral y su esencia popular para llevarla al escenario y recrear en él una arena de palpitations, burlescas e irónicas en torno a una de las más folclóricas manifestaciones del sentir mexicano: la vida en los velorios.

La anécdota construye la vida de Eleazar Pesqueira, un músico destacado entre sus coetáneos tanto por su música y estilo de interpretar, como por su afición desmesurada al alcohol.

Al mismo tiempo, elabora una serie de cuadros en torno a una pareja de mexicanos estadounidenses (digase chicanos) que van siguiendo las pistas para encontrar a su extraviado y muerto familiar Peter Rodriguez.

Cuando se abre el telón, nadie sabe qué va a suceder. Tampoco lo sabrá en los primeros 40 minutos de escena. Las dos vidas se van intercalando una a una y no tendremos como apoyo para descubrimos más que nuestra intuición, hasta que la vida de Pesqueira se nos revela y esclarece una vez que ha sido "velado" y sepultado. Este manejo en la presentación de los hechos, donde uno ve un *flashback* de lo que fue la vida del protagonista florando por su familia, y de lo que motivó su separación de los seres queridos, nos engaña osadamente.

Aunque las historias se están manejando en dos planos, concebidos en espacios físicos y conceptos luminicos diferentes; y aun cuando vemos el transitar de la acción por separado para y

concisa hasta donde el tejido de las escenas lo permite, caemos en la trampa y nos sorprendemos con el paradójico encuentro del hijo "muerto" con la afligida madre.

Por su parte, los transeúntes provenientes de Los Angeles en busca de su compañero de aventuras, han pasado por los distintos nosocomios y anfiteatros para localizarlo, y se enfrentan a personalidades prototípicas relacionadas con casos como éste.

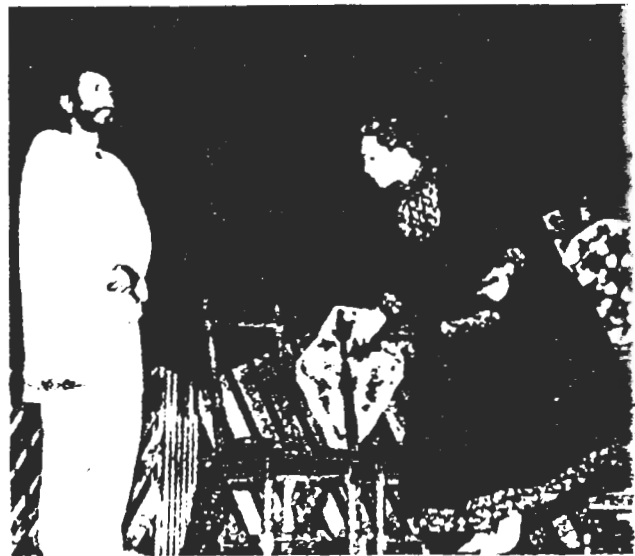
Su búsqueda parece no tener fin, y quizá no lo tendrá de manera favorable. Como tampoco la tendrá el hijo "muerto en vida" que deberá enfrentar un nuevo enfoque de la vida y la muerte, una nueva relación sentimental y una nueva evocación de la felicidad que minimamente ha logrado en la convivencia cotidiana con su núcleo familiar.

Pensar en lo trágico que resultaría para alguien encontrarse con que ha perdido "su lugar en este mundo" nos lleva a un banco de lucubraciones igualmente densas y de difícil salida. Pensar en lo agriamente divertido y absurdo que resulta el toparse con una situación similar ha sido lo que Norzagaray encuentra aquí.

Apoiado en una escenografía diseñada y realizada por Ramón Tamayo, el director se lanza a mostrar como el mismo lo hablan dos mundos que se separan y se unen por momentos: uno en la escala celestial y otro en la mundana o terrenal.

Una aseveración tal de dicho objetivo se puede entender desde el momento en que no se junta más que por lo estrictamente necesario. Parecería que el nivel superior está dirigido a la búsqueda genérica del ser humano, de la esperanza de la incitación divina que extiende su mano lo mismo en el candor de los hermanos mormones, que en el desenfadado proceder de la enfermera o el sepulturero, o más aún, grosero, del gerente de la agencia funeraria.

Esta parcela divina de procuración de



encuentro con el señor ("parábola del músico misericordioso") se llena de desencantos para Eleazar Pesqueira y para los "angelinos" en la tarea inútil de hallar al referente de sus significativos parentescos ("No lo busquen y la esperanza les va a durar más rato").

"Es en ella donde la ironía los acusa ("¿y quién no se muera aquí con este calor?") mientras fligian al encuentro con dicho referente, para darse cuenta del resultado de sus pesquisas ("Pos aquí lo enterraron en el panteón de Eleazar Pesqueira y...")

Por su parte, en el otro nivel de acción, en el que sucumben los deseos, las aspiraciones y las nostalgias de los que a vistas sobreviven este paraíso, la realidad se impone proclamando la resignación y el coraje como señales de que estamos vivos y todavía chilamos.

Desde que el protagonista "vivo" habla de enfermarse adrede para que lo recoja "el señor", cumpliéndosele el deseo de manera insospechada, hasta que aparece como ánima en pena a los ojos de su madre, la noción de la muerte y del descanso eterno tiene una perspectiva ideal. Pero es a partir del choque con la maternalidad de su casa, de su madre, de su ambiente cuando el trago amargo lo empieza a consumir de verdad ("cuando de veras te mueras ya nadie va a querer venir").

La ironía del ser, del estar y del pasar es la sangre que circula en esta puesta en escena, y que se riega literalmente sobre el escenario lo mismo que sobre la conciencia de nuestro apelmazado existir como espectadores.

Una sangre que fluye en los actores del Taller Universitario de una manera ascendentemente equilibrada que recorre sus cuerpos y los hace mostrarse con mucha mayor fluidez y soltura que en otros trabajos anteriores. ¿La causa? No se, pero distingo un crecimiento y una maduración individual en sus integrantes.

La importancia de esto último significa que en el ejercicio actoral ya se aprecian personajes vivos, más enteros, más completos, llenos de ritmo de relación.

cada uno en su punto y en el nivel propio de sus posibilidades, cosa que homogeneiza la labor de conjunto y vuelve más sólida.

A este nivel de homogeneidad se apuntó otro logro dentro de la puesta en escena: el vestuario, ideado con código relativamente poco convencional, en la concepción de Nazario Loiza vuelve a crear un lenguaje que tiene valor por sí mismo y se integra al hecho como enzima al sustrato.

Donde el pulso de fondo se hace más bien, donde sentimos que el trabajo desmerece el trabajo de conjunto, es en la iluminación. Si bien se aprecia el manejo de las luces especiales como de las zonas de trabajo, enfatizada con la calidad de cantor-narrador, la intensidad de las mismas alcanza a perjudicar la expresión plástica y mimética de los actores. La luz amarilla demasiado fuerte rebasa el maquillaje y aplana las sutilezas que sugieren en la acción. La luz central o penumbra, demasiado oscura y larga reduce la gestualización y el lenguaje de cuerpo. Sin embargo, sentado en la quinta fila, todavía podemos apreciar suficiente para deleitarnos de un trabajo que se irá redondeando conforme pase las representaciones.

Aquí vemos en un grado mayor, asumiendo la música al contexto que se vive y no que se describe, con la intervención de "Los amigos de Durango", quienes participan como elenco integrado plenamente a la trama, tanto como la picardía y la acción del lenguaje alegórico de sus canciones ("Ay virgencita, tu tienes un cuerpo hermoso que parece sirenita").

Con la comunión de todos sus elementos, *El velorio de los mangos* se perfila como un avance en el estilo del Taller Universitario de Teatro de la UABC y de su director Angel Norzagaray. Un estilo que recoge la vida local y regional, sus mitos, sentires, contrapuntos ideológicos, proponiendo definiendo una estética que se depura cada día más.

